

HUMOR UNAMUNIANO VS. HUMOR CERVANTINO. COMENTARIO DE TEXTO

Unamunian humor vs. Cervantine humor: a textual analysis

Marcial MORERA

Universidad de La Laguna
mmorera@ull.es

RESUMEN: Unamuno y Cervantes presentan dos tipos de humor sustancialmente distintos: mientras que el primero presenta un humor puramente lúdico, sin aparente trascendencia más allá de él mismo, el segundo presenta un humor más finalista, con una indiscutible intención ética.

Palabras clave: literatura, historia de la literatura, crítica literaria.

ABSTRACT: Both Unamuno and Cervantes present two essentially distinctive humors. While the former focuses on a purely playful humor, with no apparent transcendence beyond itself, the latter prefers an intentional ethical humor.

Key words: Literature, literary history, literary criticism.

De sobra sabido es que la influencia que ejerció la obra de Cervantes sobre la obra de Unamuno es abrumadora. Los mismos nombres de algunos de los trabajos de este autor lo ponen claramente de manifiesto. Piénsese, por ejemplo, en títulos tan significativos de la obra de don Miguel como *Vida de don Quijote y Sancho, El caballero de la triste figura, El sepulcro de don Quijote, Sobre la lectura e interpretación del Quijote, Muera don Quijote*, etc. Ahora bien, ¿en qué sentido opera esta

influencia del escritor alcaína sobre el escritor bilbaíno? ¿Se limita este a remedar las técnicas literarias, las actitudes narrativas, los temas, las inquietudes, las posturas ideológicas, etc., de aquél? En absoluto. En realidad, a pesar de la profunda influencia que comentamos, los posicionamientos del escritor vasco ante los temas vitales, los personajes, los recursos idiomáticos y narrativos, etc., que afluyen a sus obras no pueden ser más radicalmente distintos que los del escritor madrileño. Tanto es así, que a veces entra incluso en conflicto abierto con él, como puede apreciarse en tantos pasajes de *Vida de don Quijote y Sancho*, por ejemplo.

Estas diferencias entre Unamuno y Cervantes, y más concretamente el problema del humor en la obra de uno y otro escritor, es lo que va a ocuparnos en las páginas que siguen. Aclaremos, de entrada, que aquí vamos a entender la palabra *humor* no tanto en el sentido de «propensión más o menos duradera a mostrarse alegre», que es el que se le suele atribuir más habitualmente; ni siquiera en el sentido de «capacidad que se tiene para provocar risa»; sino más bien en el sentido de «manera de descubrir o mostrar lo que hay de cómico, ridículo o absurdo en las personas y las cosas». Es decir, el humor o humorismo es para nosotros más un método de indagación de la realidad (todo lo *sui generis* que se quiera) que un estado de ánimo, un método que, como han señalado tantos estudiosos y puede comprobar fehacientemente cualquier lector de la obra de Unamuno y Cervantes, presenta un protagonismo destacadísimo en estos dos autores fundamentales de la literatura española. Como es obvio, esta técnica para descubrir lo cómico puede ejercerse de dos maneras distintas: de manera puramente lúdica o constructiva, destacando sobre todo el lado divertido o alegre de las cosas, sin malicia, o de manera hipercrítica y destructiva, ridiculizando el objeto que se analiza, sea o no con una finalidad superior.

Pues bien, ¿dónde radica la postulada diferencia entre el humor de Unamuno y el humor de Cervantes? Para orientarnos un poco en este intrincado problema, vamos a analizar, primero, y confrontar, después, sendos fragmentos de la obra de estos dos novelistas donde se plantea una crítica más o menos severa del sempiterno personaje del pedante, de esa figura universal extravagante que solamente tiene datos (en muchos casos, bastante peregrinos) y vanidad, y no sistema verdadero para descubrir la unidad de sentido de los datos, ni sensatez y cordura.

El personaje de Unamuno se llama don Fulgencio Entrambosmares, y aparece, como es de sobra sabido, en su novela *Amor y pedagogía* (publicada por primera vez en el año de 1902). Así nos lo describe el autor entre las páginas 67 y 68 del relato mencionado¹:

Es don Fulgencio Entrambosmares hombre entrado en años y de ilusiones salido, de mirar vago que parece perderse en lo infinito, a causa de su cortedad de vista, sobre todo, de reposado ademán y de palabra que subrayaba tanto todo, que dicen sus admiradores que habla en bastardilla. Jamás presenta a su mujer por avergonzarse

1. Cito por la edición de Julia Barella, Madrid: Alianza, 1997.

de estar casado y sobre todo de tener que estarlo con mujer. El traje lo lleva de retazos hábilmente cosidos, intercambiables, diciendo: Este es un traje orgánico, siempre conserva las caderas y rodilleras, signo de mi personalidad, *mis caderas, mis rodilleras*. Tiene en su despacho, junto a un piano, un esqueleto de hombre con chistera, corbata, frac, sortija en los huesos de los dedos y paraguas en una mano y sobre él esta inscripción: *Homo insipiens*; y al lado un desnudo esqueleto de gorila con esta obra *Simia sapiens*, y encima de una y de otra, una tercera inscripción que dice: *Quantum mutatis ab illo!* Y por todas partes carteles con aforismos de este jaez: «La verdad es un lujo, cuesta cara»; «Si no hubiera hombres, habría que inventarlos»; «Pensar la vida es vivir el pensamiento», «El fin del hombre es la ciencia».

Son, en efecto, los aforismos uno de sus fuertes, y el *Libro de los aforismos* su libro exotérico, el que ha de dar como ilustración al común de los mortales. Porque el otro, su *Ars magna combinatoria*, su gran obra esotérica, que irá escrita en latín o en volapük, la reserva para más felices edades. Trabaja en ella de continuo, mas decidido a encerrarla, desconocida, en un hermético cofrecito de iridio o de molibdeno, cuando muera, ordenando que la entierren con él y dejando al destino que al correr de los siglos aparezca a flor de tierra un día, entre roídos huesos, cuando sea ya el germen humano digno de un tamaño presente.

Porque es lo que él dice a solas: Trabajar yo para este público donde han caído en el vacío mis más profundos y geniales estudios?, ¿para este público que tarda tanto en admitir como en despedir aquel a quien una vez ya ha admitido? Esto es como caminar en un arenal; esto es romperse el brazo del alma al ir a dar con todo esfuerzo y encontrarse con el aire nada más.

Lo que don Miguel nos ofrece en el fragmento que acabamos de leer es un personaje extravagante y fatuo, cebándose en él de la manera más desconsiderada y cruel del mundo, mediante una ironía mordaz de grueso calibre, desde el mismísimo rimbombante y cursilón nombre de *don Fulgencio Entrambosmares* cargado de connotaciones peyorativas con que se abre el pasaje. ¿Cómo organiza nuestro autor este discurso y qué procedimientos idiomáticos y narrativos emplea para ello? Hagamos un breve análisis de la estructura del texto.

Para empezar, hay que decir que el recurso idiomático más relevante del fragmento citado es la descripción, que permite al autor intervenir directamente en la historia narrada y disfrutar así del privilegio de ejercer su papel de censor implacable, de juez supremo del bien y del mal. El resultado de ello es que lo que al lector se le presenta aquí no es una persona de carne y hueso, una persona con personalidad propia, que se manifiesta y expresa de forma autónoma, sino un retrato indirecto y esquemático, una marioneta, podríamos decir, donde no solamente hay personaje, sino también mucha opinión crítica y censura del autor, mucha moralina. El mismo Unamuno lo había advertido ya en el prólogo que puso a la obra en su primera edición: «los caracteres (de *Amor y pedagogía*) están desdibujados, son muñecos que el autor pasea por el escenario mientras él habla»².

2. P. 27.

Cuatro son los aspectos fundamentales de este irónico alegato antipedante y anticientífico unamuniano: la descripción física y espiritual del personaje, la descripción de su entorno vital, su trabajo intelectual y su actitud ante los demás y la sociedad.

En el primer párrafo, dedicado a la descripción física y espiritual de don Fulgencio Entrambosmares, la ironía mordaz del autor no parará de crecer desde la primera a la última línea. En lo relativo a la descripción física, don Miguel se centra en tres rasgos definidos del personaje: su forma de mirar vaga y su cortedad de vista, que, evidentemente, no es solo orgánica, sino también espiritual (digamos que se trata de una persona de pocas luces); su forma de hablar subrayándolo todo, propia de personas que no alientan dudas y hinchidas de vanidad; y, por último, su ridícula vestimenta, donde se alcanza el clímax de lo estrafalario con el llamado «traje orgánico». En lo relativo a la descripción espiritual, un solo rasgo de momento: la misoginia del personaje, su desprecio por la mujer, a la que considera un primitivo ser de intuición y pasión, negado para el ejercicio de la razón.

El segundo párrafo de nuestro texto se dedica a describir el entorno del pedante, y aquí la mencionada ironía mordaz de Unamuno alcanza cotas realmente surrealistas, desde los elementos seleccionados para definirlo (esqueletos, latinajos, aforismos, ridículas prendas de vestir y de adorno, piano, etc.) hasta la misma ordenación de las piezas. En primer lugar, nos encontramos con una inversión absurda (aunque no exenta de ingenio) de la lógica más corriente: en contra de lo que supone el común de los mortales y nos enseña la biología, el hombre moderno, que se adorna con esas prendas ridículas que son la chistera, la corbata, el frac, la sortija y el paraguas, no puede considerarse más evolucionado que el mono, que desconoce todos esos embarazosos aditamentos. De ahí que nuestro personaje lo desprecie y lo considere *homo insipiens*, hombre ignorante, necio. Por el contrario, el simio, por su natural desnudez, es considerado mucho más sapiens que el ser humano.

En segundo lugar, la sarta de sentencias pseudoingeniosas e irónicas («La verdad es un lujo, cuesta cara», «Si no hubiera hombres, habría que inventarlos», «Pensar la vida es vivir el pensamiento», «El fin del hombre es la ciencia») que inundan el gabinete de nuestro pedante, y que pone de manifiesto su posición antivital y su fe ciega en la razón, inciden también en el retrato negativo de don Fulgencio Entrambosmares. Se trata de un personaje incapaz de sentir el mundo real, de tener experiencia directa de la vida; de un personaje que vive de mera erudición, de palabras y frases hechas, en fin; y de ahí su carácter inexorablemente cómico.

El tercer párrafo del texto se dedica principalmente a describir y valorar el tipo de obras que ocupa la vida de nuestro pedante. Por una parte, nos encontramos con un mero catálogo de *Aforismos y píldoras de sabiduría*, que dedica a la ilustración y dirección del común de los mortales, puesto que nuestro hombre tiene ínfulas de líder. Por otra, nos habla de una obra filosófica futura, más trascendente y genial que ésta, superior incluso —piensa él— a la de Aristóteles y Kant, su *Ars*

magna combinatoria, que irá escrita en latín o en volapük. Su contenido es descrito por el narrador en los siguientes términos una cuantas líneas más adelante: este

trabajo hercúleo, genial, estribaba en dar, como él ha dado, con las cuatro ideas madres, dos del orden ideal y dos del real, ideas que son, las del orden real: la muerte y la vida; y las del orden ideal: el derecho y el deber, ideas no metafísicas y abstractas, como las categorías aristotélicas y kantianas, sino henchidas de contenido potencial.

Nos encontramos, evidentemente, ante una parodia descarnada, casi una sátira, del método científico al uso, ante una parodia que tiene su continuación más despiadada si cabe en los *Apuntes para un tratado de cocotología*, que, como sabemos, se publicaron como apéndice de la misma novela. De un lado, se parodia el esoterismo del enrevesado lenguaje de la ciencia, que solamente entienden los iniciados. Reparemos en que el título de la obra aparece en latín y en que, además, la obra misma se escribirá en latín o en volapük, lengua enteramente artificial. De otro lado, se pone irónicamente en solfa la ingenuidad de todo método científico, que aspira a reducir la diversidad y heterogeneidad de lo real a cuatro simplezas pueriles. El mismo Unamuno abundará sobre el asunto años más tardes, en los siguientes términos:

¡La clasificación! He aquí la monomanía... La cuestión es clasificar, aunque luego esa clasificación no sirva para maldita de Dios la cosa. ¡Clasificar por clasificar! No han salido de la Escolástica. Diríase que, como aquel personaje de mi novela *Amor y pedagogía*, creen que el fin de la ciencia es catalogar el universo para devolvérselo a Dios en orden, o bien que conocer es clasificar, como creía aquel formidable Spencer, uno de los últimos escolásticos y también pedagogo!³.

El último párrafo de nuestro texto se dedica al impertinente desprecio que el extravagante erudito siente por una sociedad que no hace ni el más mínimo caso a los desatinos de su imaginación calenturienta y simplificador y que no rinde a su persona la pleitesía que él cree merecer. De ahí esa actitud vengativa final de no querer entregar la que él denomina su *obra magna* a la imperfecta masa actual. Con él irá a la tumba, hasta que el ser humano alcance la perfección que ahora no tiene y sea merecedor de tan excelsa sabiduría⁴.

Por su parte, el personaje de Cervantes que vamos a analizar es el primo que encontramos en el capítulo XXII de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*⁵. Así nos lo presenta Cervantes en su obra inmortal:

Pidió don Quijote al diestro licenciado le diese una guía que se encaminase a la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas

3. «Letras de América», en *Obras Completas*, tomo IX, p. 1311.

4. Para una interpretación más profunda de este capital personaje de Unamuno y valoración de los diversos autores que se han ocupado de él (R. GULLÓN, G. GÜNTERT...), *vid.* B. VAUTHIER, *Arte de escribir e ironía en la narrativa de Miguel de Unamuno*, Salamanca, 2004, particularmente las pp. 169-245.

5. Cito por la edición de John Jay Allen, Editorial Cátedra, 1991, pp. 190-192.

si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. El licenciado dijo que le daría un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado a leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría a la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y djóle que llevaría con él gustoso entretenimiento, a causa de que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y dirigirlos a príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete o arpillera.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios; a lo que él respondió que su profesión era ser humanista; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república; que el uno se intitula *el de las libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones.

Porque doy al celoso, al desdenado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfoseos, o Ovidio español*, de invención nueva y rara; porque en él imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla, y el Ángel de la Madalena, quién el caño de Vecinguerra, de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés, en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan al mismo tiempo. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro*, que trata de la invención de las cosas, que es de gran erudición y estudio, a causa que las cosas que se dejó decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidándose a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las uniones para curarse el morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores; porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, así Dios le de buena manderecha en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

—Sí sería —respondió el primo—; porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo —respondió Sancho—; pero dígame ahora: ¿Quién fue el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano —respondió el primo— que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos; que no ha de ser esta la postrera.

—Pues mire, señor —replicó Sancho—, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que he preguntado. Sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer, cuando lo echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tienes razón, amigo, dijo el primo.

—Y dijo don Quijote:

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho: a alguno la has oído.

—Calle, señor —replicó Sancho—; que a buena fe que si doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes —dijo don Quijote—; que hay algunos que se cansan en saber y en averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento y a la memoria.

Lo que Cervantes nos presenta en este divertido fragmento de su obra principal es un personaje simple y bonachón, ingenuamente convencido de la importancia de su trabajo erudito para el entretenimiento y la enseñanza de la gente, mediante una ironía fina y sutil, a veces apenas perceptible. ¿Qué recursos estilísticos y narrativos emplea nuestro autor para ello? Hagamos también aquí una fugaz radiografía del texto.

Al contrario que en el pasaje de Unamuno, el procedimiento literario elegido ahora no es la descripción, sino fundamentalmente el diálogo, del que Cervantes era, como es de sobra sabido, un consumado maestro. Esto quiere decir que nuestro personaje no es ahora un retrato indirecto del narrador, sino una persona de carne y hueso, que se manifiesta de forma directa y autónoma ante el lector. El texto se organiza en dos partes perfectamente diferenciadas.

De un lado, nos encontramos con una breve introducción cariñosa del pedante por parte de su pariente el licenciado. Primero, lo presenta, no mediante su nombre propio, sino mediante el nombre común de parentesco *primo*, con el que se le seguirá denominando a lo largo de todo el relato. Nuestro personaje no tiene nombre propio, sino nombre común, porque, en el fondo, de lo que se nos está hablando no es de una persona concreta, sino de un tipo de personas. Evidentemente, no puede dejar de verse aquí cierta ironía burlesca del autor. *Primo* posee en español, además del sentido recto de parentesco consabido, el sentido figurado de «cándido, tonto, que carece de viveza o malicia, que se deja engañar con facilidad». En segundo lugar, el licenciado —que no Cervantes— se limita a definir a su pariente con tres rasgos personales relativos a su carácter y actividad: es lector de libros de caballerías (exactamente igual que don Quijote), es servicial y es entretenido porque escribe libros para príncipes, es decir para personas principales.

De otro lado, tenemos en el texto que comentamos una serie de jugosos diálogos entre el primo, don Quijote y Sancho, que constituyen lo esencial del relato: un primero entre don Quijote y el primo; un segundo entre Sancho y el mismo primo; y un tercero entre don Quijote y Sancho.

En primer lugar, el diálogo entre don Quijote y el primo sirve para que éste se defina personalmente, confesando en primera persona su condición y actividades. Lo que se nos revela aquí es un personaje optimista con un alto concepto de sí mismo. Para empezar, se presenta nada más y nada menos que como humanista,

palabra que en la época de Cervantes se entendía en los sentidos denotativos de 'especialista en filología e historia antiguas' y 'profesor de humanidades' y que presentaba ciertas connotaciones negativas. Luego nos habla el pedante de su actividad cotidiana, que es escribir libros, como ya sabemos, libros que, a su juicio, son de gran utilidad y entretenimiento para la república; es decir, libros que son «dulces et utiles», como mandaban los cánones literarios de la época, y que, como vemos inmediatamente, resultan de una enorme ingenuidad y simpleza.

El intitulado *el de las libreas* es un simple catálogo de esas estrafalarias piezas de ropa, adornadas de colores de valor simbólico, versillos (*motes*) y dibujos alegóricos (*cifras*) (que a veces había que descifrar como auténticos jeroglíficos), que se usaban en las fiestas cortesanas; y recuerda mucho esas inútiles obras de heráldica, armas, genealogía, etc., a que tan dada ha sido y no sé si sigue siendo la cultura hispánica.

En el intitulado *Metamorfoseos, o Ovidio español*, se parodia el título del famoso libro de Ovidio (*Metamorfosis*), y con él, esas obras pueblerinas también tan frecuentes en nuestro entorno cultural en que se describen con erudición plagada de fantasía lo que podríamos llamar los emblemas más tradicionales de nuestros pueblos y ciudades: la Giralda de Sevilla, las viejas fuentes de Madrid, los toros de Guisando, etc.

En el intitulado *Suplemento a Virgilio Polidoro*, se llega al colmo de la puerilidad, con investigaciones pseudohistóricas como quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo o quién fue el primer hombre en usar unturas para tratar las enfermedades venéreas. Obviamente, nos encontramos ante una parodia divertida del libro *De inventoribus rebus* (publicado en Venecia en el año de 1499) del escritor italiano Polidoro Virgilio y de todos los que en España siguieron su senda. Eran obras que, con farragosa erudición, grandes fantasías y bastantes ingenuidades, pretendían explicar el origen de las cosas más simples y a veces más peregrinas y que tuvieron un gran éxito de público. Por ejemplo, se sabe que muchas de ellas se convirtieron en fuente de conocimiento para escritores y predicadores de la época.

El diálogo entre Sancho y el primo sirve para que el socarrón y realista escudero de don Quijote, que parece a veces ser el único personaje de esta historia con sal en la mollera, ponga a prueba al pedante y a sus «métodos de investigación». La simpleza de nuestro hombre llega en este pasaje a extremos de altísima comicidad. Dos preguntas ingenuas de Sancho relativos a temas similares a los que estudia el primo sirven de estructura interna a este diálogo. En primer lugar, el cazarro de Sancho se plantea la pregunta absurda y ridícula a la vez de quién fue el primero en rascarse la cabeza, pregunta que el mismo escudero resuelve con la respuesta de perogrullo de que el primero en rascarse la cabeza tuvo que ser Adán, el padre del género humano. La réplica del primo, en forma de razonamiento lógico, llega aquí al colmo de la inocencia: así tuvo que ser «porque Adán no hay duda que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo alguna vez ser rascaría». Con esta sutileza, se pone aquí en solfa el enrevesado método de trabajo silogístico del escolasticismo y la enorme cantidad de libros de preguntas y respuestas que proliferaban en los siglos de oro. En segundo lugar,

pregunta Sancho quién fue el primer volteador del mundo. El simple, como sesudo estudioso que se considera, advierte con gravedad que es asunto de enorme enjundia, cuya solución requiere consultar libros y profundísima reflexión; pero nuestro escudero, aplicando de nuevo el sentido común, rechaza tal necesidad y lo vuelve a poner en evidencia con otra respuesta de perogrullo, tan gratuita como la anterior: el primer volteador del mundo tuvo que ser Lucifer cuando fue expulsado de los cielos. Tanto en un caso como en el otro, el primo se manifiesta como lo que es verdaderamente: un empedernido simplón, razón por la cual encaja los golpes de Sancho con el mejor de los talantes.

Por último, la función del diálogo entre don Quijote y Sancho es valorar explícitamente la actividad del erudito. El fallo de Sancho es tan despiadado como demolidor. Según su parecer, las preguntas que acaba de plantearse y sus respectivas respuestas (y, por descontado, también las del primo) no son otra cosa que necesidades y disparates. El de don Quijote, alma al fin y al cabo más grande y noble que la de su escudero y otros personajes cómicos, como el soldado fanfarrón, el doctor ignorante, etc., es mucho más benévolo. Para él, las investigaciones que hacen las legiones de primos que hay en el mundo son simplemente saberes sin gran provecho para la humanidad: «hay algunos que se cansan en averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria».

El breve análisis textual que acabamos de hacer nos pone claramente de manifiesto que el humor de Unamuno y el humor de Cervantes son bastante distintos entre sí, tanto en su motivación interna como en su estilo y su finalidad externa.

Lo que encontramos en Cervantes es un humor lúdico, alegre y desinteresado; humor puro, de crítica muy moderada, que pone en evidencia al personaje de forma benévola y hasta comprensiva; porque lo que pretende no es cambiar el mundo, sino más bien conocerlo y poner de manifiesto la frágil y leve condición del hombre, en particular, y de la vida española de su época, en general, de forma alegre y optimista. A Cervantes no parece interesar sentenciar, ser juez de personas y cosas, ni mejorarlas, sino más bien ser su notario, aceptando el mundo tal y como es, con sus aspectos positivos y sus aspectos negativos (que, al fin y al cabo, todo forma parte de la realidad), destacando su lado cómico y hasta absurdo. No hallamos en su obra dogmatismo, complicaciones trágicas, consecuencias graves, hechos problemáticos, moralina, sino más bien afirmación de la realidad, una realidad que se concibe, además, como algo absolutamente relativo, tan relativo como los puntos de vista de sus personajes. Es lo que explica esa legión de narradores que encontramos en el *Quijote* y la escasa presencia de Cervantes en este libro asombroso. Y también, por supuesto, la personalidad tan poco quijotesca, tan poco identificada con su dogmático personaje universal, que tiene nuestro narrador. Como observa Erich Auerbach,

al lado del goce que le produce el juego multiforme de lo sensible, hay en Cervantes siempre un no sé qué de áspero y orgulloso, muy meridional. Este algo impide a nuestro poeta tomar demasiado en serio el juego (de la vida). Lo contempla, lo plasma, se complace en él; también tiene que regocijarse cultamente a sus lectores.

Pero el autor permanece al margen, sin tomar partido (como no sea para pronunciarse en contra de los libros mal escritos); guarda una actitud neutral. No basta con decir que no enjuicia ni saca conclusiones; esto es poco, pues ni siquiera se abre el proceso, ni siquiera se formulan las preguntas a que se pudiera contestar⁶.

Esta actitud de canto regocijado de la vida es muy poco corriente en la cultura hispana, aunque aparece también en obras tempranas como el *Libro de Buen Amor*, *La Celestina* o *Lazarillo de Tormes*. En ella y en su radical relativismo radica, como han señalado los cervantistas más sesudos, la gran lección de modernidad de la obra de Cervantes.

En Unamuno, por el contrario, nos encontramos con un humor más visceral y corrosivo que el de Cervantes; un humor que ridiculiza de forma despiadada a su personaje, con toda la artillería pesada de su ironía. Lo que pretende es la censura de comportamientos y actitudes que él considera perversos, con el fin de erradicarlos, y echar fuera la rabia y el mal humor que estos comportamientos le inspiran. Para él, el humor es algo así como instrumento al servicio del perfeccionamiento individual y social; no instrumento para el cachondeo y el esparcimiento lúdico del espíritu. Bien sabía don Miguel que el temor que provoca ser objeto de la risa reprime las excentricidades de la gente, obligándola a estar constantemente vigilante para no hacer el ridículo. Obviamente, a nadie le gusta ser objeto de la rechifla de los otros. Casi está uno por decir que en la obra de Unamuno más que humor lo que hay es mal humor. Y esto no lo decimos nosotros; lo dice el mismo autor en el prólogo citado más arriba: el autor de *Amor y pedagogía* -nos dice don Miguel sin ambages- «se ha propuesto ser extravagante a toda costa, decir cosas raras, y lo que es peor aún, desahogar bilis y malos humores. Late en el fondo de esta obra, en efecto, cierto espíritu agresivo y descontentadizo»⁷. Esta actitud de «desahogar bilis y malos humores» atraviesa realmente buena parte de la obra de Unamuno. Al fin y al cabo, nuestro autor tiene más alma de moralista del norte, de riguroso pastor protestante (cuyas doctrinas conocía tan bien), que persigue la mejora del género humano, que hombre del relajado sur, más atento a disfrutar de los placeres que ofrece el vivir cotidiano. Y ello lo convierte en una persona enormemente rigurosa, en un intransigente de la verdad (y hasta en un pedante), un poco como el infeliz Fulgencio Entrambosmares que se complace en torturar tan cruelmente, y con el que se le ha comparado tantas veces. El mismo reconoce esta inclinación suya a la hipercrítica en estas tremendas palabras de confesión de su *Diario íntimo*:

¿Qué han sido durante años las más de mis conversaciones? Murmuraciones. Me he pasado los días en juzgar a los demás y en acusar de fatuidad a casi todo el mundo. Yo era el centro del universo, y es claro, de aquí ese terror a la muerte. Llegué a persuadirme de que muerto yo se acababa el mundo⁸.

6. *Mímesis*, La Habana, 1986, p. 339.

7. P. 27.

8. Madrid, 1996, p. 36.

Y es que don Miguel no es solamente exigente con los otros; es también exigente consigo mismo. Ninguna obra más cruel con su autor que el diario mencionado.

Por todo ello, podríamos decir que nuestro escritor es un moralista o crítico social (como se quiera) disfrazado de ironista. O dicho con palabras de Henry Bergson, uno de los autores que mejor ha explorado el tema de la risa, «el humorista es en este caso un moralista que se disfraza de científico, algo así como un anatomista que sólo practicase la disección para asquearnos; el humor en el sentido estricto en que tomamos la palabra, es una trasposición de lo moral a lo científico»⁹. En efecto, a don Miguel el humor por el humor no le interesa en absoluto. Es más: creo que hasta le disgustaba. De ahí la repugnancia que confiesa sentir por el chiste, los burladores y los burleteros en tantas partes de su extensa obra. «Porque en nada como en la burla —escribe en *Vida de don Quijote y Sancho*— se conoce la maldad humana, y el demonio es el gran burlador, el emperador y padre de los burladores todos. Y si la risa puede llegar a ser santa y libertadora, y, en fin, buena, no es ella risa de burla, sino risa de contento»¹⁰. De todas formas, hemos de volver a lo mismo: el humor no es en la obra de Unamuno instrumento para reírse ingenuamente de las debilidades del hombre (*risa de contento*, como dice él mismo); por supuesto: tampoco instrumento para humillar o hacer daño perversamente (risa de burleteros), de lo que don Miguel era absolutamente incapaz; sino instrumento para poner en evidencia los defectos sociales y personales de esa España atrasada y ruda que le tocó vivir, e intentar mejorarla espiritualmente. En realidad, como tan certeramente vio Antonio Machado en su poema *A Unamuno*, nuestro don Miguel era realmente una especie de don Quijote de la modernidad que se impuso la quimérica tarea de dar lecciones de caballería a un pueblo de lechuzos, tahúres y logrerros. Aunque pueda resultar paradójico, este qui jotismo de Unamuno es el que lo hace tan poco cervantino, como lo reconoció el autor en varias ocasiones. Sin ir más lejos, en el mismo prólogo al citado *Vida de don Quijote y Sancho* escribe don Miguel estas palabras tan reveladoras de su personalidad: «No creo deber repetir que me siento más qui jotista que cervantista y que pretendo libertar al Quijote del mismo Cervantes, permitiéndome alguna vez hasta discrepar de la manera como Cervantes entendió y trató a sus dos héroes, sobre todo a Sancho». El humor unamuniano está a mucha distancia del humor del autor del Quijote, porque Unamuno se encuentra más en la estela senequista de una Santa Teresa, un Gracián, un Quevedo, un Diego de Torres Villarroel o un Larra que en la estela más bien lúdica de un Cervantes.

9. *La risa*, Madrid, 1973, p. 107.

10. Madrid, 2000, p. 200.

